



### CAPÍTULO XIII

#### Reinado de D. Alonso el Casto.

Falleció por este tiempo el rey D. Bermudo: sepultóse en Oviedo, do antiguamente se veían los lucillos suyos y de su mujer; con tanto, quedó solo D. Alonso en el gobierno. Tiénese por cierto que con deseo de vida más pura y santa, por todo el tiempo de su vida, no tocó á la reina Berta su mujer, que fué la causa de ponelle el sobrenombre de Casto. Para aumento del culto divino, levantó desde los cimientos, la iglesia mayor de Oviedo, que se llama de San Salvador. Quién dice que el rey D. Bermudo fué el que dió principio á esta noble fábrica; y áun el letrado que está á la entrada de aquel templo, como queda arriba apuntado, atribuye aquella obra al rey Silon. Pudo ser que todos tres entendieron en ella, y que el que la acabó, se llevó, como acontece, toda la fama. Lo que consta es que el rey don Alonso fué el que le adornó de muchas preces, y en particular refieren que dos ángeles en figura de plateros le hicieron una cruz de oro sembrada de pedrería, de obra muy prima, vaciada y cincelada. Persuadióse el pueblo que eran ángeles, porque acabada la cruz no se vieron más. El arzobispo D. Rodrigo dice que el rey alcanzó del papa (que por la razón de los tiempos fué Leon III), que aquel su templo se hiciese arzobispal; pero engañóse, por-

que esto sucedió en tiempo del rey D. Alonso el Magno.

Los gloriosos principios del reinado deste príncipe tan señalado, se amancillaron y oscurecieron con un desastre y afrenta que aconteció en su casa real; y fué que su hermana la infanta Doña Ximena, olvidada del respeto que debía á su hermano y de su honestidad, puso los ojos en Sandia ó Sancho, conde de Saldaña, sin reparar hasta casarse con él. Fué el matrimonio clandestino y dél nació el infante Bernardo Carpense ó del Carpio, muy famoso y esclarecido por sus proezas y hazañas en las armas, segun que le alaban y engrandecen las historias de España. El rey, sabido lo que pasaba, puso en prisiones al conde que vino para hallarse en las córtes. Acusáronle de traición y de haber cometido ofensa contra la majestad; convencido, fué privado de la vista y condenado á cárcel perpétua; señalaron para su guarda el castillo de Luna, en que pasó lo demas de la vida en tinieblas y miseria, que tal es la paga de la maldad y su dexo. La hermana del rey fué puesta en un monasterio de monjas. Sin embargo, el rey hizo criar el infante como si él mismo le hobiera engendrado y hobiera salido de sus entrañas; verdad es que no se crió en la córte, sino en las As-

túrias. La buena crianza fué parte para que su buen natural se aumentase y áun mejorase.

Las armas de los moros por estos tiempos no sosegaban; ántes Zulema y Abdalla, tios del nuevo rey moro, que hasta aquí se entretuvieron en África para prevenir que el rey Alhaca, su sobrino, no se fortificase en el reino, pasaron en España con presteza. Abdalla, como hombre más atrevido, fué el primero que se apoderó de Valencia, ca los ciudadanos le rindieron la ciudad. Zulema despues acudió al llamado de su hermano para socorrerle y ayudarle en sus intentos. Hicieron entradas por los pueblos y ciudades comarcanas, corrieron los campos por muchas partes, pasaron tan adelante que se atrevieron á presentar la batalla al rey Alhaca, la cual fué muy herida y dudosa; derramóse en ella mucha sangre, pero en fin, Zulema con otros muchos fué muerto. Abdalla se huyó á Valencia; y como viesse que tantas veces la fortuna le era contraria, acordó seguir otro partido y tomar asiento con el rey, á condicion que le señalase rentas en cada un año con que sustentase en aquella ciudad la vida y estado de hombre principal. Para seguridad que cumpliria lo asentado y sosegaria, dió en rehenes á sus mismos hijos, que el rey moro recibió y tuvo cerca de sí con aquel tratamiento que convenia tuviesen sus primos hermanos, tanto que á uno dellos dió por mujer una hermana suya. Todo esto sucedió el año de los árabes ciento y ochenta y cuatro, conforme á la cuenta del arzobispo D. Rodrigo, que era el año quinto despues que Alhaca comenzó á reinar.

Las discordias que los moros tenían entre sí parece dieron buena ocasion al rey D. Alonso para adelantar su partido, pues muchos autores extranjeros (que los nuestros no dicen palabra) atestiguan que por el esfuerzo del rey D. Alonso se ganó de los moros la ciudad de Lisbona, cabeza de Portugal, y que envió á Carlo-Magno una solemne embajada en que los principales Fruela y Basilico, de los despojos de aquella ciudad le llevaron por mandado de su rey un rico presente de caballos, armas y cautivos, demas desto una tienda morisca de obra y grandeza maravillosa. Siguiéronse des-

pues desto algunos alborotos en el reino y alteraciones civiles tan graves, que pusieron al rey en necesidad de retirarse al monasterio Abeliense, muy conocido á la sazón, y asentado en ciertos lugares ásperos y breñas de Galicia. Dende con el ayuda de Theudio, hombre principal y poderoso, se restituyó en su reino con mayor honra despues de aquel trabajo. Pero á mi ver en ninguna cosa se señaló más el reinado de D. Alonso ni fué más dichoso que por hallarse en su tiempo en Compostella como se halló el sagrado cuerpo del apóstol Santiago, pronóstico y anuncio de la prosperidad que tendrian mayor que nunca los cristianos. Lo cual será bien declarar cómo sucedió y tomar el agua y corrida de algo más arriba.

Floreció el culto de la religion cristiana antiguamente en lo postrero de Galicia y en aquella parte do está situada Iria Flavia, que es el Padron, cuanto en cualquier otra parte de España. La cruel tempestad que se despertó contra los siervos de Cristo en el tiempo que prevalecia la vanidad de los muchos dioses, y por mandado de los emperadores romanos todo género de tormentos se empleaba en los cuerpos de los que á Cristo reverenciaban, hizo que de todo punto se acabase en aquellos lugares la cristiandad. Por donde ni en lo restante del imperio romano, ni en el tiempo que los godos fueron señores de España, se tenía noticia del sepulcro sagrado del apóstol Santiago. Con el largo tiempo y con este olvido tan grande, el lugar en que estaba se hinchó de maleza, espinas y matorrales, sin que nadie cayese en la cuenta de tan gran tesoro hasta el tiempo de Theodomiro, obispo Iriense. Miro, rey de los suevos, de quien arriba se hizo mencion, conforme á la costumbre y observancia de Roma, dejó señalados los términos por todo su reino á cada uno de los obispados, y por obispo de Iria quedó Andres; sucedióle por orden Dominicó, Samuel, Gothomaro, Vincibil, Felix, Hindulpho, Selva, Leosindo ó Theosindo, Enula, Romano, Augustino, Honorato, Hindulpho. De los cuales, todos, fuera de los nombres, no ha quedado noticia alguna, y con la misma escuridad de ignorancia y olvido quedáran sepultados todos los demas que les



sucedieron, si la luz del apóstol Santiago no abriera los ojos, y su resplandor, que en breve pasó por todo el mundo, no los esclareciera.

Fué aquel sagrado tesoro hallado por diligencia de Teodomiro, sucesor de Hindulpho, y por voluntad de Dios en esta manera. Personas de grande autoridad y crédito afirmaban que en un bosque cercano se veían y resplandecían muchas veces lumbreras entre las tinieblas de la noche. Recelábase el santo prelado no fuesen trampantojos; mas con deseo de averiguar la verdad fué allá en persona, y con sus mismos ojos vió que todo aquel lugar resplandecía con lumbreras que se veían por todas partes. Hace desmontar el bosque, y cavando en un monton de tierra, hallaron debajo una casita de mármol y dentro el sagrado sepulcro. Las razones con que se persuadieron ser aquel sepulcro y aquel cuerpo el del sagrado Apóstol, no se refieren; pero no hay duda sino que cosa tan grande no se recibió sin pruebas bastantes. Buscaron los papeles que quedaron de la antigüedad, memorias, letreros y rastros, y áun hasta hoy se conservan muchos y notables. Aquí, dicen, oró el Apóstol, allí dijo misa, acullá se escondió de los que para darle la muerte le buscaban. Los ángeles, que á cada paso, dicen, se aparecían, dieron testimonio de la verdad, como testigos abonados y sin tacha.

El obispo, con deseo de avisar al rey de lo que pasaba, sin dilacion se partió para la corte. Era el rey muy pío y religioso, deseoso de aumentar el culto divino, demas de las otras virtudes en que era muy acabado. Acudió en persona, y con sus mismos ojos vió todo lo que le decían: la alegría que recibió fué extraordinaria. Hizo que en aquel mismo lugar se edificase un templo con nombre de Santiago, bien que grosero y no muy fuerte por ser de tapiería. Ordenó beneficios y señaló rentas de que los ministros se sustentasen, conforme á la posibilidad de los tesoros reales. Derramóse esta fama primero por España, despues por todo el orbe cristiano, con que la devoción del Apóstol Santiago se aumentó y dilató en grande manera. Concurrió gente innumerable de todas partes, tanto que en ningún tiempo se vió acudir á España, áun cuando gozaba de su pros-

peridad, tantos extranjeros. De Italia, Francia y Alemania, venían los de léjos y los de cerca movidos de la fama que volaba. Aumentábase la devoción con los muchos y grandes milagros que cada día se hacían al sepulcro del Santo Apóstol, que daban testimonio bastante de que no era sin propósito lo que se había creído y se divulgaba.

Gobernaba á esta sazón la iglesia romana el pontífice Leon III deste nombre: hicieron recurso á él el rey don Alonso, y á su instancia y en su favor Carlo-Magno, que á esto entiendo yo se enderezaba principalmente la embajada que dijimos. Pidieron que el obispo Iriense, sin mudar por entónces el nombre que ántes tenía, trasladase su silla á Compostella para más autorizar aquel santo lugar. Venían en ello los grandes y prelados de España. Condescendió el pontífice á tan justa demanda, con tal que el arzobispo de Braga, cuyo sufragáneo era aquel obispado, no fuese perjudicado en alguna manera, dado que Braga por aquel tiempo no se habitaba, ca la destruyeron los moros. De la una y de la otra condición la iglesia de Compostella quedó exenta doscientos setenta y cinco años adelante, cuando por concesion de los pontífices romanos, y á instancia de los reyes de España se trasladaron á Santiago los privilegios y autoridad de Mérida, iglesia en otro tiempo metropolitana como se declara en otro lugar.

En los archivos y becerro de Compostella se halla un privilegio deste rey D. Alonso, en que hace donación á aquella iglesia de aquella nueva población con tres millas de tierra por todas partes en derredor que le señaló de territorio: en él en particular se hace mención de la invención que sucedió en aquel tiempo del sepulcro y cuerpo del Apóstol sagrado. No dejaré de avisar ántes de pasar adelante, que algunas personas doctas y graves estos años han puesto dificultad en la venida del apóstol Santiago á España: otros, si no los mismos, en la invención de su sagrado cuerpo por razones y textos que á ellos les mueven. Sería largo cuento tratar esto de propósito; y no entiendo sea expediente con semejantes disputas y pleitos alterar las devociones del pueblo, en



especial tan asentadas y firmes como ésta es. Ni las razones de que se valen nos parecían tan concluyentes, que por la verdad no militen más en número y más fuertes testimonios de papas, reyes y autores antiguos y santos sin excepcion y sin tacha. Finalmente, visto lo que hace por la una y por la otra parte, aseguro que hay pocos santuarios en Europa que tengan más certidumbre ni más abonos en todo, que el nuestro de Compostella. Tal era y es nuestro juicio en este caso y en estas dificultades.

Que Carlo-Magno, rey poderoso de Francia haya venido, y áun más de una vez á España, la fama general que dello hay, lo muestra, fundada en lo que los escritores antiguos dejaron escrito con mucha conformidad. Primeramente, al principio de su reinado, despues de la muerte de su padre vino á España con esperanza de echar los moros de toda ella.

Ibnabala, moro, le hizo instancia que emprendiese este viaje en su favor. Pasó los montes Pirineos por la parte de Navarra. Púsose sobre Pamplona, que se le rindió fácilmente. Dejó á Ibnabala por rey de Zaragoza, con órden que aquella ciudad le acudiese á él con cierto tributo y pábias cada un año. Hecho esto, dió la vuelta, y de camino hizo desmantelar la ciudad de Pamplona, á causa que no se podia mantener, y con las guerras ordinarias muchas veces mudaba de señorío, ya era de moros, ya de cristianos. Tenían los navarros tomados los puertos y estrechuras de los Pirineos. Dieron sobre el fardaje y sobre los tesoros de Francia: saqueáronlo todo; con que Carlo-Magno, sin poder tomar enmienda del daño, fué forzado de volver á Alemania con poco contento y honra. Pocos años adelante, en la parte de Cataluña se le entregaron las ciudades de Girona y de Barcelona. De donde conviene tomar los principios de los condes de Barcelona y de los catalanes, nombrados así de los pueblos catalaunos puestos en la Galia Narbonense, cerca de la ciudad de Tolosa, que contra los moros hicieron entrada y asiento por aquella parte de España. Esta derivación es más á propósito que la que compone esta palabra de gotos y alanos, y la que otros si-

guen de cierto catalan, gobernador de Aquitania en el tiempo que Cárlos Martello, como queda arriba tocado, se apoderó por fuerza de aquel ducado y le quitó á los hijos de Eudon.

Tomich, historiador catalan, dice que Carlo-Magno, despues de algun tiempo, ganado que hobo de los moros á Narbona, rompió de nuevo por aquella parte en España, y con las armas sujetó á su corona á Cataluña la vieja, que estaba asimismo en poder de moros, en la parte en que antiguamente estuvieron los ceretanos y por allí; demas desto que peleó con los moros y los venció en el valle que desta batalla tomó el nombre de Cárlos. Otros añaden á lo dicho, que con la ocasion de haberse hallado el cuerpo de Santiago, volvió á España de nuevo para certificarse y ver con sus ojos lo que publicaba la fama, y aumentar con su autoridad y presencia la devoción de aquel santuario. Dicen más; que á instancia suya, luégo que se enteró de la verdad, se dió al prelado de Compostella derecho y autoridad de primado sobre todas las iglesias de España. Pero lo desta venida se debe tener por falso y por invención mal compuesta, por muchas razones que no es necesario poner aquí, pues la mentira por sí misma se muestra. Lo que se averigua es, que vuelto de España Carlo-Magno, se partió para Roma con intento de amparar y restituir en su silla al sumo pontífice Leon III, el cual, como él sospechaba, y era la verdad, á tuerto habían depuesto sus enemigos. Llegado á aquella ciudad, se asentó para conocer de aquel pleito, cuando gran número de obispos que allí se hallaban presentes por su llamado, dijeron á voces no ser lícito que alguno juzgase al sumo pontífice. Con esto, el mismo acusado, desde un púlpito, con juramento, se purgó de los cargos que le hacían; y sus acusadores fueron primero condenados á muerte, despues, á ruego del pontífice, se trocó aquella sentencia en destierro. En ningún tiempo la Iglesia de Roma se vió más autorizada, ni la persona del pontífice más acatada.

Habían los ciudadanos de Roma y el papa enviado á Carlo-Magno ántes que allá llegase, las llaves de la confesion de San Pedro, y el estandarte de la ciudad de Roma en señal que



se ponian en sus manos, y debajo de sus alas se amparaban, á causa que por la revuelta de los tiempos los emperadores griegos poco les podian ayudar, el poder de los franceses se aumentaba y se fortificaba más de cada dia. Hicieron, pues, en presencia lo que en su ausencia tenian acordado, que fué entregalle el imperio de la ciudad de Roma. Corria el año de nuestra salvacion de ochocientos y uno, cuando el papa Leon, celebrado que hobo la misa en la iglesia de San Pedro, víspera de Navidad, dió á Carlo-Magno el nombre de Augusto, y le adornó de las insignias imperiales. El pueblo romano en señal de su mucha alegría aclamó: Á CÁRLOS AUGUSTO, GRANDE Y PACÍCO, VIDA Y VICTORIA. Despues que fué emperador, desde Alemania, do estaba retirado en lo postrero de su edad, vino á España, segun que lo afirman casi todos los historiadores, con esta ocasion: el rey D. Alonso, cansado por sus muchos años, y con las guerras que de ordinario traia con los moros con mayor esfuerzo y valor que prosperidad, pensó seria bien valerse de Carlo-Magno para echar con sus armas los moros de toda España. No tenía hijos: ofrecióle en premio de su trabajo la sucesion en el reino por vía de adopción. No menospreció este partido el buen emperador, pero por ser de larga edad y no ménos viejo que el rey D. Alonso, y por tener debajo de su señorío muchas provincias, le pareció que aquel reino seria bueno para Bernardo, su nieto de parte de su hijo Pipino ya muerto, que él habia hecho rey de Italia.

Con esta resolución emprendió el viaje de España: seguiale un ejército invencible. Estaba todo para concluirse cuando se supieron estas prácticas; porque las cosas de los grandes príncipes y sus confederaciones por intervenir otros en ellas no pueden estar mucho tiempo secretas. Llevaba de mala gana la nobleza de España quedar sujeta al imperio de los franceses, gente insolente, como ellos decian, y fiera: que no era esto librallos de los moros, sino trocar aquella servidumbre en otra más grave. Desto se quejaba cada cual en particular y todos en público los menores, medianos y más grandes. Todavía ninguno en par-

ticular se atrevia á resistir á la voluntad del rey y desbaratar aquellos intentos. Sólo Bernardo del Carpio, feroz por la juventud y por la esperanza que tenía de la corona, soplabá este fuego y se ofrecia por caudillo á los que le quisiesen seguir. El mismo rey D. Alonso estaba arrepentido de lo que tenía tratado: tan inciertas son las voluntades de los príncipes. Allegóse á lo demas Marsilio, rey moro de Zaragoza, con quien el emperador estaba enojado por haber despojado de aquel estado á Ibnabala su cófederado.

De los unos y de los otros se formó un buen ejército, aunque no bastante para resistir en campo llano. La caballería de Francia es aventajada; acordaron tomar los pasos de los Pirineos y impedir á los franceses la entrada en España. Los escritores extranjeros dicen que Carlos pasó adelante, y que ántes que diese la vuelta venció en batalla á los enemigos y les corrió los campos y la provincia por todas partes, y que finalmente cuando se volvia peleó en las estrechuras de los Pirineos. Á otros parece más verdadero lo que nuestros escritores afirman, que Carlo-Magno no entró desta vez en España, sino que á la misma entrada en Roncesvalles, que es parte de Navarra, se dió aquella famosa batalla. Venian en la vanguardia Roldan, conde Bretaña; Anselmo y Eginardo, hombres principales; el lugar no era á propósito para ponerse en ordenanza; acometieron los nuestros desde lo alto á los enemigos, dieron la muerte á muchos ántes que se pudiesen aparejar para la pelea y ordenar sus haces; fué muerto el mismo Roldan, de cuyo esfuerzo y proezas se cuentan vulgarmente en ambas las naciones de Francia y de España muchas fábulas y patrañas.

Carlo-Magno, visto el temor de los suyos y la matanza que en ellos se ejecutaba, con deseo de reparar y animar su gente que desmayaba en aquel aprieto, dijo á sus soldados estas palabras: «Cuán fea cosa sea que las armas francesas, muy señaladas por sus triunfos y trofeos, sean vencidas por los pueblos mendigos de España, envilecidos por la larga servidumbre, aunque yo lo calle, la misma cosa lo declara. El nombre de nuestro impe-



»rio, la fuerza de vuestros pechos os debe animar. Acordaos de vuestras grandes hazañas, »de vuestra nobleza, de la honra de vuestros »antepasados; y los que vencidas tantas provincias disteis leyes á gran parte del mundo, »tened por cosa más grave que la misma »muerte dejaros vencer de gente desarmada y »vil que á manera de ladrones no se atrevieron »á pelear en campo raso. La estrechura de los »lugares en que estamos no da lugar para »huir, ni seria justo poner la esperanza en los »piés los que teneis las armas en las manos. »No permita Dios tan grande afrenta; no sufra, soldados, que tan grande baldon se dé »al nombre frances: con esfuerzo y ánimo habeis de salir destes lugares; en fuerzas, armas, nobleza, en ánimo, número y todo lo demas os aventajais. Los enemigos por la pobreza, miseria y mal tratamiento están flacos »y sin fuerzas; el ejército se ha juntado de »moros y cristianos que no concuerdan en nada, ántes se diferencian en costumbres, leyes, »estatutos y religion. Vos teneis un mismo corazón, una misma voluntad, necesidad de pelear por la vida, por la patria, por nuestra gloria. Con el mismo ánimo, pues, con que tantas veces sobrepujasteis innumerables huestes de enemigos, y salisteis con victoria de semejantes aprietos (si ya, soldados míos, no estais olvidados de vuestro antiguo esfuerzo), »venced ahora las dificultades menores que se os ponen delante.»

Dicho esto, con la bocina hizo señal como lo acostumbraba. Renuévase la pelea con grande coraje; derrámase mucha sangre, mueren los más valientes y atrevidos de los franceses; los españoles, por los muchos trabajos endurecidos, peleaban como leones; y la opinion, que en la guerra puede mucho, quebrantó los ánimos de los contrarios, ca en lo más recio de la pelea se divulgó por los escuadrones que los moros, como gente que tenía noticia de los pasos, se apresuraban para dar sobre ellos por las espaldas. Ningun lugar hubo ni más señalado por el destrozo de los franceses, ni más conocido por la fama. Los muertos fueron sepultados en la capilla del Espiritu Santo de Roncesvalles. Siguióse poco despues la muerte de

Carlo-Magno, que falleció y fué sepultado en Aquisgran, en el año de Cristo de ochocientos y catorce, que fué la causa como yo entiendo de no vengar aquella injuria. D. Rodrigo dice que el rey D. Alonso se halló en la batalla, los de Navarra, que Fortun García, rey de Sobrarve, tuvo gran parte en aquella victoria; las historias de Francia, que no por el esfuerzo de los nuestros fueron los franceses vencidos, sino por traicion de un cierto Galalon. Entiendo que la memoria destas cosas está confusa por la afición y fábulas que suelen resultar en casos semejantes, en tanto grado, que algunos escritores franceses no hacen mencion desta pelea tan señalada; silencio que se pudiera atribuir á malicia, si no consideráramos que lo mismo hizo D. Alonso el Magno, rey de Leon, en el cronicon que dedicó á Sebastian, obispo de Salamanca, poco despues de este tiempo, donde no se halla mencion alguna desta tan notable jornada. Esto baste de la empresa y desastre del emperador Carlo-Magno. El lector, por lo que otros escribieron, podrá hacer libremente juicio de la verdad. Volvamos á lo que nos queda atras.

Prósperamente y casi sin ningun tropiezo, procedian en tiempo del rey D. Alonso las cosas de los cristianos con una perpétua, constante, igual y maravillosa bonanza. No sólo cuidaba el buen rey de la guerra, sino eso mismo de las artes, de la paz y en particular procuraba que el culto divino en todas maneras se aumentase. Luégo que se acabó de todo punto el templo, que con nombre del Salvador se comenzó los años pasados en Oviedo, el mayor y más principal de aquella ciudad, para que la devoción fuese mayor hizo que siete obispos le consagrasen con las ceremonias acostumbradas, el año ochocientos y dos. Sin esto, en la misma ciudad levantó otra iglesia con advocación de Nuestra Señora, y junto con ella un claustro ó casa á propósito de enterrar en ella los cuerpos de los reyes, ca dentro de la iglesia no se acostumbraba; otra tercera iglesia edificó en San Tirso mártir, muy hermosa, la cuarta de San Julian; demas desto un palacio real con todos los ornamentos, apartamientos y requisitos necesarios. Tal era la grandeza de ánimo en el rey D. Alonso, que